



MEDITERRANEO ECONOMICO

Variaciones sobre la historia del pensamiento económico mediterráneo

- La ilustración y el pensamiento económico clásico
- El pensamiento económico en las culturas del Libro
- Pensamiento económico regional



ADAM SMITH Y TURGOT: DOS EJEMPLOS DE LA ILUSTRACIÓN

Paloma de la Nuez

En los últimos años han visto la luz nuevos estudios sobre la obra de Adam Smith y, especialmente en Francia, sobre la figura del que muchos consideran uno de los más señalados precursores de la ciencia económica, A.-R.-J. Turgot. Se han reeditado algunos de sus escritos y han aparecido libros sobre su vida y obra, señalando sus aportaciones teóricas en economía pero, sobre todo, destacando sus ideas filosóficas y políticas, sobre las cuales existen -como ocurre también en el caso de Smith- variadas y, a veces, contradictorias interpretaciones¹. De hecho, algunos lo consideran un filósofo ilustrado amigo de reformas moderadas; otros, un liberal convencido (incluso, republicano de corazón, por lo que tuvo que reprimir sus verdaderos deseos de cambio), y, al igual que ocurre con Smith, hay algunas interpretaciones que moderan considerablemente su liberalismo, lo cual, curiosamente, se encuentra ya en la interpretación de Alexis de Tocqueville que consideraba al ministro de Luis XVI, nada más y nada menos, que uno de los precursores del Estado centralista e intervencionista posterior a la revolución².

Precisamente, una de las cuestiones que nos proponemos analizar aquí es la pertinencia de estas recientes interpretaciones, así como las conexiones existentes entre la obra de ambos economistas, aunque no tanto las de tipo económico (más conocidas), sino las de carácter político y filosófico, menos estudiadas, sobre todo en España.

1. Smith y Turgot, hijos de la Ilustración

Como es sabido, Smith estuvo en Francia entre 1764 y 1766 y allí conoció a los fisiócratas. En la biografía de J.P. Poirier sobre Turgot (POIRIER, 1999) se afirma que ambos autores se habrían conocido en casa de Helvétius y que, según Morellet, se habrían visto varias veces

1 Sobre Smith, vid. J. E. ALVEY (2003): *Adam Smith : Optimist or Pessimist ? , A New Problem Concerning the Teleological Basis of Commercial Society*, Ashgate, Inglaterra. E. ROTHCHILD (2001): *Economic Sentiments. Adam Smith, Condorcet, and the Enlightenment*, Harvard U. Press, Cambridge. D. WINCH (1996): *Riches and Poverty. An Intellectual History of Political economy in Britain, 1750-1834*, Cambridge U. Press. S. J. PACK (1991): *Capitalism as a Moral System. Adam Smith's Critique of the Free Market Economy*, E. Elgar, Inglaterra y P. H. WERHANE (1991): *Adam Smith and His Legacy for Modern Capitalism*, Oxford U. Press.

Sobre Turgot, vid. M. HILL (1999): *Statesman of the Enlightenment. The Life of Anne Robert Turgot*, Othila Press. J. P. POIRIER (1999): *Turgot*, Perrin, París. [En cuanto a nuevas ediciones, vid. J.T. RAVIX y P.M. ROMANI (ed.) (1997): *Turgot. Formation et distribution des richesses*, Flammarion, París. Y en español, E. ESCARPÍN GONZÁLEZ (2003): *Reflexiones sobre la formación y distribución de las riquezas*, Universidad de Sevilla].

2 «Notas sobre Turgot» en *El Antiguo Régimen y la revolución*, vol. II, Alianza, Madrid, 1982.

más, puesto que Turgot estimaba mucho el talento del inglés y había leído con gusto su *Teoría de los sentimientos morales* publicada en 1759³. Sin embargo y, a pesar de la insistencia de algunos autores, parece claro que nunca se cartearon⁴.

Ahora bien, Smith estaba informado de lo que sucedía en Francia y admiraba sinceramente a Turgot, de quien escribió siempre los mejores elogios. Precisamente, la posible influencia de las *Reflexiones sobre la formación y distribución de las riquezas* sobre la obra de Smith ha dado lugar a un debate entre los historiadores de la economía en el que se han defendido variadas y contradictorias tesis, existiendo una extensa literatura sobre el tema⁵. Pero, como advertíamos al comienzo, lo que nos interesa aquí es comparar las ideas, no sólo económicas, sino filosóficas y políticas de ambos autores, pues, es evidente que, en su caso, las primeras no pueden estudiarse sin el conocimiento de las segundas.

Smith y Turgot representan dos típicos ilustrados a los que todo interesa. Llama la atención su afán de conocimiento y la amplitud de sus intereses: desde la ciencia, la religión, la economía, la política y la filosofía, hasta la literatura y la astronomía, entre otras cosas, y, puesto que alcanzar el conocimiento verdaderamente científico era uno de los mayores propósitos de su tiempo, ambos autores pretenden con sus investigaciones descubrir verdades y principios eternos⁶. Así, para ambos, la economía será una disciplina intelectual con un cuerpo de conocimiento y una teoría coherente, aunque, como es propio de la época, el pensamiento económico se mezcla todavía con la reflexión política, filosófica y hasta religiosa.

Y, aunque como buenos ilustrados, podrían haber caído en la tentación del “hombre de sistema”, coinciden los dos en criticar a todos aquellos filósofos arrogantes que se empeñan en aplicar su doctrina aun cuando ésta choque insistentemente con la realidad. Sin embargo, hay que recordar que Turgot fue acusado precisamente de lo que él criticaba en otros; Tocqueville, por ejemplo, es sumamente crítico con el ministro, aunque no deja de reconocer su honradez, buenos propósitos y valía. Sin embargo, considera que Turgot representa ese tipo de *philosophe*

3 Vid. POIRIER, *op. cit.*, págs. 150 y 362.

4 G. Schelle, responsable de la hasta ahora mejor y más completa edición de las obras de Turgot, asegura que no se ha encontrado entre los papeles del ministro ningún documento que pruebe la existencia de la correspondencia que se dice existió entre los dos economistas. Y aunque Condorcet asegurara lo contrario, el propio Adam Smith deja muy claro que nunca se carteo con el ministro de Luis XVI (Vid. E. CAMPBELL y I. SIMPSON (ed.), *Correspondence of Adam Smith*, Liberty Classics, Indianapolis, 1987, pág. 248, y M.J.A. Nicolas de Caritat, marquis de Condorcet, *Vie de Monsieur Turgot*, Ed. Association pour la diffusion de l'économie politique, París, 1997, pág. 132, nota 27).

5 Así, por ejemplo, P.D. Groenewegen afirma que, a pesar de que Du Pont de Nemours y Condorcet pretendieran negarlo, la obra de Smith, aunque tiene similitudes con la del filósofo francés, es original e innovadora (Vid. su artículo “Turgot y A. Smith”, en *Hacienda pública española*, nº. 40, 1976).

6 R. L. Meek cita en su introducción a la edición del *Cuadro filosófico de los progresos sucesivos del espíritu humano*, una lista de obras que el joven Turgot pretendía escribir en el futuro y que contiene todos estos temas: historia, lenguaje, amor y matrimonio, geografía política, teología, moral, economía, literatura y ciencia. (Vid. R.L. Meek, Introducción a la edición del *Cuadro filosófico de los progresos sucesivos del espíritu humano*, FCE, México, 1998, pág. 8). Por su parte, C. Rodríguez Braun en su estudio preliminar de *La teoría de los sentimientos morales*, cuenta que Smith expuso en su curso de filosofía moral de la Universidad de Glasgow un amplio programa de investigación que contenía estas materias: teología natural, ética, justicia, política y economía (Vid. *La teoría de los sentimientos morales*, Alianza Ed., Madrid, 1997, pág. 11).



que preparó la revolución: hombres teóricos que pretenden plegar la realidad a sus deseos, aunque le llame la atención que alguien como Turgot, que pasó trece años en contacto directo con la realidad del Limousin, sea tan doctrinario. Pero, es cierto que existe una dimensión más utópica en Turgot que en Smith, que se manifiesta claramente cuando el autor francés escribe al rey sobre los efectos que sus reformas tendrían sobre Francia⁷.

Smith, sin embargo, consideraba la completa libertad de comercio en Inglaterra algo sumamente utópico⁸, por lo que pensaba que establecer el mejor sistema que los tiempos permitían prepararía el camino a lo mejor; un pragmatismo más propio de la ilustración anglosajona que de la continental, que se manifiesta cuando escribe que *“para dirigir la visión del estadista puede indudablemente ser necesaria una idea general, e incluso doctrinal, sobre la perfección de la política y el derecho. Pero el insistir en aplicar, y aplicar completa e inmediatamente y a pesar de cualquier oposición, todo lo que esa idea parezca exigir, equivale con frecuencia a la mayor de las arrogancias” (...)* Esta es la razón por la cual los príncipes soberanos son con diferencia los más peligrosos de los teóricos políticos. Dicha arrogancia les es totalmente familiar”⁹.

2. Optimismo y confianza en el progreso

Pero ambos comparten una de las características emblemáticas de la filosofía ilustrada: el optimismo y la confianza en el progreso. Y aunque en algunas obras recientes se pone en cuestión el optimismo del economista inglés¹⁰, y aunque es verdad que éste considera la posibilidad de estancamiento y decadencia, creemos que hay en Smith una confianza cierta en que la sociedad progresa hacia una mayor cota de felicidad y perfección, objetivos a los que- como dice en su *Teoría de los sentimientos morales*- apunta la naturaleza, pues así lo ha dispuesto la sabiduría y bondad de Dios. Aunque no exista una finalidad, un *telos* en la historia de la humanidad, sí existe una tendencia general hacia el progreso.

7 En una carta que Turgot dirigió al rey Luis XVI, expresa su confianza en que si se adoptan sus propuestas respecto a la educación de los súbditos franceses, en diez años Francia sería otra. Destacaría por sus luces, buenas costumbres, el servicio a la Corona y a la patria, la sumisión racional a la autoridad y el respeto a la justicia (Citado por Tocqueville, *op. cit.*, pág. 270).

D. Winch ve alguna de las características propias de ese “hombre de sistema” incluso en el propio A. Smith. Así asegura que la figura del legislador que defiende el inglés puede ser una forma subrepticia de ese gusto por la utopía y perfección que él criticaba en los fisiócratas (Vid. *op. cit.*, pág. 94).

8 D. WINCH. *op. cit.*, pág. 47. Para este autor Smith defiende sobre todo la filosofía práctica del “second best”.

9 *La teoría de los sentimientos morales*, *op. cit.*, pág. 419.

10 Nos referimos especialmente al libro de J. E. ALVEY, *Adam SMITH : Optimist or Pessimist?, A New Problem Concerning the Teleological Basis of Commercial Society*, ya citado. Alvey considera, incluso, que la tensión no resuelta entre el optimismo y el pesimismo de Smith constituye un nuevo problema intelectual.

En cuanto al economista francés, toda su filosofía está basada en la idea de progreso. Un progreso que es, más bien, de índole intelectual y moral, aunque solamente posible cuando se basa en el progreso material. Progreso que, del mismo modo que en la obra de Smith, sólo puede producir la libertad económica a la que se llega en un estado más avanzado de la sociedad.

Turgot admite también la existencia de obstáculos al progreso, fundamentalmente la ignorancia, el prejuicio, las malas leyes o las malas instituciones, pero tampoco duda de que la naturaleza ha puesto en el corazón del hombre sentimientos favorables a la virtud¹¹.

La historia de la humanidad se desenvuelve siguiendo una serie de etapas o fases muy parecidas en los dos autores, siendo la última la fase superior. Estas etapas se distinguen por el modo de subsistencia (caza y recolección, pastoreo, agricultura y comercio), y se ha señalado a menudo que prefiguran la tesis del materialismo histórico al hacer del modo de subsistencia la clave para entender toda la sociedad. Y es cierto que el progreso de los pueblos se haya condicionado por las condiciones materiales de existencia, pero, a su vez, la libertad favorece la transformación de esas mismas condiciones. (Es la libertad la auténtica necesidad, el requisito fundamental, precisamente lo que los privilegiados de la Francia del XVIII consideraban peligroso¹²).

En la descripción de la última etapa se aprecia en ambos autores la idea moderna de lo que constituye la riqueza de un país: la importancia de la acumulación del capital que aumenta y mejora la producción. La acumulación e inversión del capital está unida, pues, al progreso y al desarrollo.

No dudan en identificar la etapa última y superior con la verdadera civilización porque algunos de los efectos más importantes del comercio y la industria fueron precisamente el establecimiento gradual del orden, el buen gobierno, la libertad y la seguridad de los individuos. Y, aunque Smith escribe que es la Providencia la que está detrás de este proceso histórico, los sucesos complejos se explican como el resultado inintencionado de numerosas acciones humanas, y, así, por ejemplo, la división del trabajo no sería fruto de la sabiduría del hombre, sino la consecuencia de un proceso lento y gradual.

11 Este optimismo y esta confianza sorprenden más en el caso de Turgot que, como intendente, tuvo que enfrentarse a numerosos obstáculos, mientras que como Controlador General de Finanzas no pudo dejar de advertir la malevolencia de la oposición de los privilegiados a todas sus reformas. La situación general de la Monarquía y la corte de la época no invitaba precisamente al optimismo.

12 Así se manifiesta en la advertencia de Terray a Luis XVI con ocasión del nombramiento de Turgot: "*Vuestra Majestad debe desconfiar de esos principios de libertad. Son peligrosos*" (Vid. F. ALENGRY (1924): *Turgot, homme privé, homme d'état*, C. Lavauzelle, París, pág. 92. (La traducción es nuestra).



3. Libertad económica y bien común

Para los dos economistas la libertad es la condición del progreso social; fundamentalmente la libertad económica. De ahí que critiquen sin reservas las prácticas económicas de la Europa de su tiempo, pues existe un sistema de libertad natural, y si el individuo (juez supremo de sus propios intereses) actúa libremente todos saldrán beneficiados puesto que los individuos se esfuerzan por mejorar su condición y al hacerlo contribuyen, aunque sea inintencionalmente, al bienestar general. Por eso critican la intervención del Estado. La interferencia en la libertad económica es ineficaz, arbitraria y opresora. La regulación se hace odiosa.

La crítica que realiza Turgot en su célebre *Elogio de Gournay* a la intervención del Estado en la actividad económica es sumamente moderna y adelanta algunos de los argumentos esgrimidos por economistas liberales del siglo XX, como cuando alude a la imposibilidad de adquirir y manejar toda la información necesaria para dirigir la actividad económica, algo en lo que le acompaña Smith. La actividad económica depende de tal cúmulo de circunstancias cambiantes que no se puede domeñar ni prever. Lo cual no quiere decir, por otra parte, y como no dejan de señalar alguno de los recientes estudios sobre el autor de *La Riqueza de las Naciones*, que no justificaran ambos algunas excepciones.

La interferencia del Estado se admite como excepción a su teoría liberal en casos de emergencia, pues una cosa es el interés de cada uno por mejorar, que en el inglés es algo natural, y otra es el egoísmo contrario al bien común. De acuerdo con Emma Rothschild, (ROTHSCHILD, 2001) Smith tolera la interferencia del Estado si es para reducir la pobreza¹³, y, en la misma línea, P. H. Werhane (WERHANE, 1991) sostiene que Smith ha sido mal interpretado, pues su defensa de un sentido de humanidad actúa como límite, por ejemplo, a la libertad de comercio. Smith admite que si la libertad de unos pocos puede poner en peligro la seguridad de toda la sociedad, la ley del Estado debe restringirla. Smith no defiende, pues, el egoísmo¹⁴. (Por cierto que algunas de esas excepciones son las que llevó a cabo el intendente Turgot en el Limousin, actuación que dio origen a algunas de las críticas ya comentadas de Tocqueville, que consideraba que sus medidas contra los privilegiados auguraban una gran centralización política y una revolución igualitaria¹⁵).

Lo que es cierto, sin duda, es que en los dos autores existe una auténtica preocupación por el bienestar general y, quizás en Turgot, una preocupación más visible por los más pobres, que probablemente fue consecuencia de sus años en uno de los lugares más subdesarrollados y deprimidos de Francia donde los abusos del Antiguo Régimen eran patentes. Y de ahí tam-

13 Vid. *op. cit.*, pág. 70.

14 Vid. *op. cit.* págs. 24 y 25.

15 TOCQUEVILLE, *op. cit.*, pág. 289. Durante los años que Turgot fue intendente en Limoges llevó a cabo iniciativas como promocionar los talleres de caridad, mejorar la alimentación de los más pobres con el cultivo de la patata, mejorar los caminos o reformar los impuestos en un sentido más justo. E. Rothschild escribe que Smith estaría probablemente a favor de estas medidas. (Vid. *op. cit.*, pág. 70).

bién su crítica a los privilegiados, sorprendente a veces por su radicalismo, que recuerda a la que realiza Smith a los ricos destacando “su natural egoísmo y avaricia”¹⁶. Como escribió este último, “ninguna sociedad puede ser floreciente y feliz si la mayor parte de sus miembros es pobre y miserable”, algo en lo que coincidía Turgot cuando escribió que aliviar a los hombres que sufren es el deber de todos¹⁷.

No obstante, el reconocimiento de esta sensibilidad hacia los más necesitados no quiere decir que ambos autores hayan dejado atrás su profundo convencimiento de que es la libertad económica, la búsqueda del propio interés y la competencia, las que mejor y más eficazmente promueven el bien común. “Lo mejor que se puede hacer es dejar a cada hombre la libertad de hacer lo que quiera, porque es imposible que si se abandona el comercio a sí mismo, el interés particular no coincida con el interés general”¹⁸ -escribe Turgot. De ahí, por ejemplo, el rechazo a los gremios que el Controlador General aboliría en su breve mandato como ministro del Rey, rechazo que -como se sabe- compartía Smith. Y no sólo porque a sus ojos estas corporaciones son injustas e ineficaces, van contra la competencia, la libre circulación de trabajadores y educa mal en habilidades, sino, sobre todo, porque es contraria a la libertad personal y a la idea de que cada uno es propietario de su propio trabajo, pues en ambos aparece la idea de la propiedad sobre el trabajo como un derecho sagrado e inviolable. “Así como la propiedad que cada persona tiene de su trabajo es la base fundamental de todas las demás propiedades, también es la más sagrada e inviolable. El patrimonio de un hombre pobre estriba en la fuerza y destreza de sus manos; el impedir que emplee esa fuerza y esa destreza de la forma en que él crea más conveniente sin perjudicar a nadie es una violación flagrante de la más sagrada de las propiedades”¹⁹.

Asimismo, la crítica común al monopolio, a las facciones que no dudan en recurrir a la política para proteger sus intereses o a la arbitrariedad de los impuestos en la Francia del siglo XVIII, se basa en el perjuicio que hacen a toda la sociedad en general y a los más pobres en particular.

16 *La teoría de los sentimientos morales*, op. cit., pág. 333.

17 “*Le soulagement des homes qui souffrent est le devoir de tous et l’affaire de tous* ». Citado por POIRIER, op. cit., pág. 183. La cita de Smith (2002) en *La riqueza de las naciones*, Alianza Ed., Madrid, pág. 126.

Alexis de Tocqueville no deja de sorprenderse por el lenguaje, a sus ojos subversivo, que Turgot utilizaba en sus edictos, como en el de 1776 que abole las prestaciones personales y que tendría que leer el Rey, y cita: “El peso de las prestaciones personales no recae más que sobre la parte más pobre de mis súbditos. Los propietarios, casi todos privilegiados, están exentos de ellas y contribuyen poco. Sin embargo, es a los propietarios a quienes son útiles los caminos por el valor que dan a la producción de sus tierras. Ni los labradores, ni los jornaleros a quienes se hace trabajar en ellos, obtienen ningún beneficio...!Cómo puede ser justo hacer que contribuyan a ello los que no tienen nada suyo, obligarles a dar su tiempo y su trabajo sin salario alguno! ¡Privarles del único recurso que tienen contra la miseria para hacerles trabajar en provecho de ciudadanos más ricos!” (Vid. Tocqueville, op. cit., pág. 288).

18 Vid. Éloge de Gournay, en J.T. RAVIX y P.M. ROMANI (ed.): *Turgot. Formation et distribution des richesses*, op. cit., pág. 131.(La traducción es nuestra).

19 *La riqueza de las naciones*, op. cit., pág. 182.



4. Liberalismo económico y liberalismo político

En el caso de Smith parece más claro que su liberalismo económico acompaña la defensa del sistema político liberal. Algo que en el francés ha suscitado más polémica y diversas y contradictorias interpretaciones, pues algunos creen que fue un monárquico convencido de la necesidad de ciertas reformas, amigo de la libertad económica pero no política, y otros aseguran que era un republicano de corazón mucho más radical, aunque leal a la monarquía, más por honestidad que por convicción personal.

Hay que recordar que las circunstancias políticas de Inglaterra y Francia eran muy diferentes y que Turgot opinaba que si la monarquía deseaba salvarse, tendría que acometer reformas profundas. Comprendía que el Antiguo Régimen era el principal impedimento para el desarrollo de una economía moderna y que la construcción de un Estado fuerte y centralizado era imprescindible para crear las condiciones favorables a la libertad económica. Es decir, el liberalismo del francés es diferente al del inglés porque en Francia hay que construir primero un Estado moderno para que después sea posible la libertad. Hay que construir un Estado que permita ejercer la libertad con leyes iguales y uniformes, y un sistema fiscal que deje de ser caótico y arbitrario.

A. Smith comprendía perfectamente la importancia de un sistema fiscal y legal uniforme y racional. “El sistema impositivo uniforme que con pocas excepciones de escasa significación existe en todas las partes del Reino Unido de la Gran Bretaña hace que el comercio interior del país y el de cabotaje resulten casi totalmente libres... Esta libertad de comercio interior, consecuencia de un sistema fiscal uniforme, es quizás una de las causas principales de la prosperidad de Gran Bretaña”²⁰.

El ministro de Luis XVI redactó un proyecto de reforma de la administración local, *Memoria sobre las Municipalidades*, que no se publicó hasta después de su muerte. En ella se critica duramente toda la organización del Antiguo Régimen: la ausencia de una constitución, la sociedad estamental, el caos y el desorden de las cargas fiscales, la ausencia de espíritu público, la atomización social... *La Memoria* era, pues, un proyecto subversivo²¹.

Esa es la principal diferencia entre Francia e Inglaterra, y lo que lamenta precisamente Tocqueville al que le parece que Turgot es, en realidad, un enemigo de la libertad que prefigura al funcionario omnipresente del Estado moderno, precisamente porque pretende centralizar el poder. Para el aristócrata francés, Turgot es uno más de esos fisiócratas, amigos del despotismo político²². En este sentido, es curioso que para Tocqueville, Turgot sea mucho más revo-

20 *La riqueza de las naciones*, op. cit., pág. 777.

21 *La memoria sobre las Municipalidades* fue redactada en 1775 por Dupont de Nemours bajo la dirección de Turgot.

22 Turgot se lamentaba de que alguien como él, que detestaba las sectas, fuese continuamente asociado a la de los enciclopedistas o economistas. Vid. C. MORILHAT (1998): *La prise de conscience du capitalisme. Économie et philosophie chez Turgot*, Méridien Klincksieck, París, pág. 9.

lucionario que para la inmensa mayoría de los estudiosos de su obra, y coincide así con la apreciación de otros autores modernos en el sentido de que tanto Smith como Turgot, revolucionarios para su tiempo, fueron vistos como pensadores conservadores en las épocas futuras²³.

Del mismo modo que A. Smith, Turgot comprende la importancia de las leyes e instituciones para el correcto funcionamiento de la economía. Cuando Smith habla de las colonias inglesas de América, escribe que éstas prosperan no sólo por la abundancia de tierras, sino por la libertad en la administración de sus asuntos. Son las instituciones más favorables a la mejora y el cultivo de la tierra lo que marca la diferencia entre los imperios coloniales de España o Inglaterra, por ejemplo. Un mal uso de las mismas - escribe el inglés- puede torcer las inclinaciones naturales de las personas y perturbar el curso natural de las cosas. Así, por ejemplo, la seguridad en la posesión, la confianza en el disfrute del trabajo, estimula el progreso²⁴. Por eso las normas deben ser propicias al comercio y la industria, pues el derroche y la mala gestión en la administración pública puede empobrecer a una nación. (Aunque hay que distinguir, escribe Smith, al político -insidioso y astuto- del legislador que impone unos principios generales que se mantienen siempre).

Además, es eso lo que dicta el derecho natural al que los dos se adhieren (aunque el derecho natural del francés es más racionalista que el del inglés, que concede un papel menor a la razón en los asuntos humanos). Las normas positivas de justicia deben coincidir con las del derecho natural, con lo que dicta el sentido natural de la justicia.

La justicia es para ambos la primera de las funciones del Estado. Junto a ella, Smith destaca la defensa, la policía, los servicios públicos y la instrucción pública. Pero es la justicia el principio político fundamental; sin ella la sociedad se desintegra. Y no se trata en ningún caso de justicia distributiva; el alivio de los pobres es algo que se deja a la caridad y la benevolencia (virtud moral, pero no política), pues la justicia es fundamentalmente una virtud negativa (que no se violen las reglas del juego ni se lesione al prójimo) que no debe sacrificarse a la utilidad pública ni a la razón de Estado.

La justicia va unida en la obra de ambos autores a la idea de propiedad, incluso parece en el caso de Smith que el gobierno civil surge precisamente para asegurarla, de ahí que algunas afirmaciones en el sentido de que Smith no estaría muy alejado (en lo que se refiere a

23 Vid. E. ROTHSCHILD: *op. cit.* pág. 82 donde la autora escribe que Smith fue incluso considerado en su época un amigo de los pobres, y pág. 113.

24 Precisamente, sobre el tema de las colonias, sus opiniones se parecen bastante. Ambos critican la política colonial de la metrópoli y Turgot vio finalizada su carrera política por oponerse a la intervención de Francia en la guerra de independencia americana. Aunque él mismo simpatizaba con los insurgentes y creía que era absurdo oponerse a algo que era inevitable, consideraba que esa intervención sería nefasta para la situación financiera de su país. Pero en definitiva, como él mismo escribió, su caída en desgracia fue provocada por la alianza de los privilegiados en su contra.

En cuanto a las relaciones internacionales, el mensaje es también liberal. La libertad de comercio favorece la paz y crea un lazo de unión y amistad. Incluso, escribe Smith, hay que promover y no obstruir la excelencia del vecino porque gracias a la emulación todos mejoran.



las funciones del Estado en una sociedad capitalista), de los liberales demócratas del siglo XX, nos parecen claramente exageradas²⁵. Por otro lado, también en Turgot, la propiedad funda la sociedad.

5. Educación y religión

En relación a la a educación, se trata para ambos de una forma de luchar contra la superstición y el prejuicio. En Smith es necesario evitar la degradación de la gran masa de la sociedad, sobre todo la de las clases bajas. Además, el Estado obtendrá ventajas de educar al pueblo; éste será menos proclive a dejarse dominar por el fanatismo y a ser menos perturbado, más ordenado y decente, lo que es sumamente positivo, pues “la facción y el fanatismo han sido con diferencia los mayores corruptores de los sentimientos morales”²⁶.

Para Turgot, la educación del pueblo era también necesaria para acabar con el fanatismo y los prejuicios que impiden el avance de la razón y las luces en Francia. En realidad, en la tradición del intelectualismo ético, considera que la maldad se debe fundamentalmente a la ignorancia.

Abogaba por una instrucción pública y laica para todos, pues ella es el antídoto frente al veneno de la superstición que en sus escritos vinculaba muy a menudo con la religión. El ministro de Luis XVI era más bien un deísta, un defensor de la religión natural y, como Smith, un abogado de la tolerancia religiosa²⁷. Los dos pensaban que Dios ordenaba el mundo para la felicidad y que la libertad de conciencia era sagrada. El magistrado- escribe Turgot- no es competente en asuntos de religión y la competencia entre las sectas, igual que en Smith, se hace necesaria para la tolerancia.

25 Vid. S.J.PACK, *op. cit.*, pág. 2. Este autor quiere dejar muy claro que los intentos de los años ochenta del siglo XX en Estados Unidos y en Europa de promover una forma “reaccionaria” de capitalismo, no deben nada a A. Smith. Esa es una de las principales tesis de su libro.

Por otra parte, también J.E.Alvey advierte contra los “falsos smithianos” como Friedman o Hayek. (Vid. *op. cit.*, pág. 165, nota 2). Sin embargo, Patricia Werhane escribe que Smith no defendió nunca la justicia distributiva porque entendía que atentaba contra la igualdad de trato debida a todos los ciudadanos al sacrificar los intereses de unos para promover los de otros (Vid. *op. cit.*, pág. 79).

26 *La teoría de los sentimientos morales*, Alianza Ed., Madrid, 1997, pág. 287.

27 Turgot, destinado a la carrera eclesiástica por su familia, la abandonó cuando comprendió que no tenía fe. F. Alengry sugiere, sin embargo, que el verdadero motivo de esta renuncia fue un amor desgraciado, pues los padres de la destinataria de su afecto (Mlle Ligniville) eligieron otro pretendiente (Helvétius). De ahí su soltería y sus críticas al matrimonio tal como era concebido en la época. (Vid *Turgot, homme privé, homme d'état, op. cit.*, pág. 4 y ss.).

Turgot escribió dos cartas sobre el asunto de la tolerancia, virtud ilustrada por excelencia, entre 1753 y 1754 en las que se muestra crítico, a veces, con la religión católica, pero no tanto, desde luego, como Adam Smith.

Escribe Turgot en su segunda carta que: “La mayoría de los cristianos admite que el cristianismo no es lo mismo que el catolicismo; y los más ilustrados, los mejores católicos, convienen en que menos aún es lo mismo que la intolerancia” (La traducción es nuestra. Las cartas están recogidas en la edición de las obras de Turgot de G. SCHELLE (1972): *Oeuvres de Turgot et documents le concernant*, Verlag Detlev Auvermann K.G.).

En definitiva, el magistrado civil debe promover la prosperidad de la comunidad. De hecho, para valorar las diferentes formas de gobierno, Smith propone que el criterio sea precisamente si promueven o no la felicidad, otra idea clave de la mentalidad ilustrada.

6. Conclusión

Existen numerosas y relevantes coincidencias entre ambos autores porque los dos aceptan el ideario básico de la Ilustración y el liberalismo económico, aunque - claro está- existen también diferencias, no sólo por las distintas circunstancias personales y políticas de la vida de cada uno, sino también por los dos modelos de Ilustración, anglosajona y continental, a la que pertenece cada cual, siendo la primera menos racionalista y abstracta que la segunda en términos generales²⁸.

En la reciente bibliografía a la que hemos hecho referencia, se intenta poner en cuestión las interpretaciones más comunes sobre la obra de ambos personajes, sobre todo en el caso de Smith. En este sentido, como hemos visto, se aprecia un intento por desmontar las interpretaciones supuestamente erróneas a las que han sido sometidos, para presentarlos menos como unos defensores del egoísmo y el individualismo radical que como autores que, aunque convencido de las bondades del liberalismo económico, lo estaban porque consideraban que era el sistema que más favorecía a todos, especialmente a los más pobres. Es decir, Smith no es ya un defensor extremo y dogmático del *laissez-faire* (como tampoco lo es Turgot), acercándose más a esa tradición del republicanismo clásico que a la del liberalismo económico en sentido estricto²⁹.

Nosotros creemos, sin embargo, que no conviene olvidar el contexto político, social y, sobre todo, ideológico en el que se desenvuelve la vida y la obra de estos dos pensadores, y que por mucho que exista en los dos una preocupación sincera (sobre todo en el caso de Turgot) por mejorar la suerte de los más pobres, ninguno de ellos defendió nada parecido a un concepto de justicia social ni, por supuesto, un sistema democrático de gobierno. Por lo tanto, creemos exageradas esas interpretaciones de Smith en el sentido de que su teoría es “pro worker” y no “pro capitalist”³⁰.

28 Para los dos modelos de Ilustración y sus diferentes características, puede consultarse de F.A. HAYEK (1975): *Los fundamentos de la libertad*, Unión Editorial, Madrid, pág. 85. De acuerdo con su clasificación, el joven Turgot pertenecería, a pesar de su origen francés, a la Ilustración de tipo anglosajón por su teoría más evolucionista que racionalista.

29 Aunque J.E. Alvey no está de acuerdo en considerar a Smith un “civil humanist”, no duda en afirmar que para él la comunidad está por encima del individuo: “Community is more important than individuality for Smith” (vid. *op. cit.*, pág. 186).

30 Vid. S. J. PACK, *op. cit.*, pág. 167.



Ambos están plenamente convencidos de que es dentro del sistema económico liberal donde hay que buscar las correcciones a las inevitables injusticias y desigualdades (desigualdades que, por otra parte, son inevitables y muchas veces beneficiosas porque la emulación y la excelencia no existen sin ellas). Que es la búsqueda del propio interés, la competencia, la abolición de los gremios y los privilegios, el libre comercio etc., lo que acaba derribando el monopolio haciendo inútil la conspiración de los intereses de las facciones y provocando el mayor bienestar. De hecho, Turgot escribió que acostumbrar a los hombres a pedirlo todo y a recibirlo todo, una especie de mendicidad que se extiende por todas partes, degrada a los pueblos³¹.

La intervención del poder político para intentar ajustar los desequilibrios es vista casi siempre con aprensión, pues como escribe el francés, “los gobiernos se han acostumbrado demasiado a inmolar siempre la felicidad de los individuos en el altar de los pretendidos derechos de la sociedad. Se olvidan de que la sociedad se ha creado para los individuos (...). Toda autoridad que se extiende más allá de lo necesario es tiranía”³².

Y, por supuesto, el gobierno debe estar dirigido por los propietarios, los únicos ciudadanos de pleno derecho. Son ellos los únicos realmente capacitados para dirigir el Estado. En el caso de Turgot, como la monarquía a la que servía era una monarquía absoluta, sus reformas iban dirigidas precisamente a permitir cierta representación de la burguesía en el gobierno, pero nunca dando cabida al pueblo, que, en el mejor de los casos, consideraba sólo digno de la atención paternalista de sus gobernantes.

En definitiva, creemos que en lo que S.J. Pack (PACK, 1991) sí tiene razón es en que ha existido siempre una gran tensión entre los fundamentos morales de la sociedad capitalista y los sentimientos de mucha gente sobre lo que debe ser la virtud. Porque la idea de que el sistema socioeconómico debe basarse explícita y conscientemente en el propio interés individual y en el afán de lucro produce cierto desagrado³³. De ahí, quizás, ese intento por ofrecer una imagen menos agresiva y más moderada de los autores defensores del capitalismo en un momento histórico en el que éste parece carecer de verdaderas alternativas. Pero no conviene forzar ni exagerar las cosas, aunque sea cierto que existen en la obra de estos autores matices y contradicciones. Creemos que Smith sigue siendo un liberal en el sentido clásico del término y que Turgot se mueve aún entre la Ilustración y ese mismo liberalismo clásico.

31 Citado por G. Schelle, *op. cit.*, pág. 74.

32 Segunda carta sobre la tolerancia, G. Schelle, *op. cit.*, pág. 424 (la traducción es nuestra).

33 Vid. J.S. Pack, *op. cit.*, pág. 172.

Bibliografía

- ALENGRY, F. (ed) (1924): *Turgot, homme privé, homme d'état*, C. Lavauzelle, París, 1924.
- ALVEY, J.E. (2003): *Adam Smith : Optimist or Pessimist ? A New Problem Concerning the Teleological Basis of Commercial Society*, Ashgate, Inglaterra.
- CAMPBELL, E. y SIMPSON, I. (ed.) (1987): *Correspondence of Adam Smith*, Liberty Classics, Indianápolis.
- CONDORCET (1997): *Vie de Monsieur Turgot*, Ed. Association pour la diffusion de l'économie politique, París.
- ESCARPÍN GONZÁLEZ, E.(ed.) (2003): *Reflexiones sobre la formación y distribución de las riquezas*, Universidad de Sevilla.
- GROENEWEGEN, P.D. (1976): "Turgot y A. Smith", *Hacienda pública española*, nº. 40.
- HAYEK, F.A. (1975): *Los fundamentos de la libertad*, Unión Editorial, Madrid.
- HILL, M. (1999): *Statesman of the Enlightenment. The Life of Anne Robert Turgot*, Othila Press.
- MEEK, R.L. (ed) (1998): *Cuadro filosófico de los progresos sucesivos del espíritu humano*, FCE, México.
- MORILHAT, C. (1988): *La prise de conscience du capitalisme. Economie et philosophie chez Turgot*, Meridien Klincksieck, París.
- PACK, J.S. (1991): *Capitalism as a Moral System. Adam Smith's Critique of the Free Market Economy*, E. Elgar, Inglaterra.
- POIRIER, J.P. (1999): *Turgot*, Perrin, París.
- RAVIX, J.T. y ROMANI, P.M.(ed.) (1997): *Turgot. Formation et distribution des richesses*, Flammarion, París.
- RODRÍGUEZ BRAUN, C. (ed.) (1997): "Estudio preliminar" de *La teoría de los sentimientos morales*, Alianza, Madrid.
- ROTHSCHILD, E. (2001): *Economic Sentiments. Adam Smith, Condorcet, and the Enlightenment*, Harvard U. Press, Cambridge.



- SCHELLE, G. (ed.) (1972): *Oeuvres de Turgot et documents le concernant*, Verlag Detlev Auvermann K.G.
- SMITH, A. (2002): *La riqueza de las naciones*, Alianza Ed., Madrid.
- TOCQUEVILLE, A. (1982): « Notas sobre Turgot » en *El Antiguo Régimen y la revolución*, Alianza Editorial, vol. II, Madrid.
- WERHANE, P.H. (1991): *Adam Smith and His Legacy for Modern Capitalism*, Oxford U. Press.
- WINCH, D. (1996): *Riches and Poverty. An Intellectual History of Political economy in Britain, 1750-1834*, Cambridge U. Press.